



## ARTÍCULOS

**La estigmatización territorial en la edad de la marginalidad avanzada***Territorial stigmatization in the age of advanced marginality**Loïc Wacquant*

Academico de la Universidad de California en Berkeley

loic@uclink4.berkeley.edu

Palabras clave: Precariado, proletariado, obreros, Estado benefactor, estigma, urbano, lugar, espacio, barrio, gueto, banlieu, territorio, marginalidad, pobreza, sociología comparada.

Key words: Precariat, proletariat, labor, welfare State, stigma, urban, place, space, neighborhood, ghetto, banlieu, territory, marginality, poverty, comparative sociology.

Fecha de recepción: 12 de enero de 2008

Fecha de aceptación: 20 de febrero de 2008

**Resumen**

La sociología comparada de la estructura, la dinámica y la experiencia de la relegación urbana en Estados Unidos y en los principales países de la Unión Europea durante las tres décadas pasadas revela no una convergencia sobre el patrón del gueto estadounidense, según afirman los medios dominantes y el discurso político sino la aparición de un nuevo régimen de marginalidad. Este régimen genera formas de pobreza que no son residuales, cíclicas ni de transición sino inscritas en el futuro de las sociedades contemporáneas en cuanto se nutren de la desintegración del salariado, de la desconexión funcional entre los barrios desheredados de las economías nacionales y globales, y de la reconfiguración del Estado benefactor como un instrumento para hacer que se cumpla la obligación del trabajo asalariado en la ciudad polarizante.

Con base en una comparación metódica de la evolución del gueto negro estadounidense y del suburbio obrero (banlieue) francés a principios del siglo, así como una indagación selectiva de las formas cambiantes de las relaciones sociales y la experiencia cotidiana en barrios relegados en otras sociedades avanzadas, este artículo destaca tres propiedades espaciales distintivas de la "marginalidad avanzada" y sus implicaciones en cuanto a la formación del "precariado" en las sociedades postindustriales al despuntar el siglo XXI. [ ]

**Abstract**

The comparative sociology of the structure, dynamics, and experience of urban relegation in the United States and the main countries of the European Union during the past three decades reveals, not a convergence on the pattern of the US ghetto as the dominant media and political discourse would have it, but the emergence of a new regime of marginality.<sup>1</sup> This regime generates forms of poverty that are neither residual, nor cyclical or transitional, but indeed inscribed in the future of contemporary societies insofar as they are fed by the ongoing fragmentation of the wage labor relationship, the functional disconnection between dispossessed neighborhoods from the national and global economies, and the reconfiguration of the welfare state into an instrument for enforcing the obligation of wage labor in the polarizing city.

Based on a methodical comparison of the black American ghetto and the French working-class banlieue (outer city) at century's turn, as well as a selective survey of the changing forms of social relations and everyday experience in neighborhoods of relegation in other advanced societies, this article spotlights three distinctive spatial properties of 'advanced marginality' and their implications for the formation of the 'precariat' in postindustrial societies at the dawn of the twenty-first century.



## Fijación y estigmatización territoriales

En lugar de encontrarse diseminada en el conjunto de las zonas de clase obrera, la marginalidad avanzada tiende a concentrarse en territorios aislados y delimitados, percibidos cada día más, tanto por fuera como por dentro, como purgatorios sociales, páramos leprosos en el corazón de la metrópoli postindustrial, donde sólo aceptarían habitar los desechos de la sociedad.

Cuando estos “espacios penalizados” (Pétonnet, 1982) son —o amenazan con volverse— componentes permanentes del paisaje urbano, los discursos para descalificar se intensifican y se cierran alrededor de ellos, tanto “desde abajo”, en las interacciones ordinarias de la vida cotidiana, como “desde arriba”, en los campos peyorativo, político y burocrático (y a veces científico). [2] Una mancha de lugar se sobrepone así a los estigmas ya operantes, tradicionalmente asociados con la pobreza y la pertenencia étnica o con el estatus del inmigrante postcolonial, a los cuales no se reduce aunque tengan una estrecha relación. Llama la atención que Erving Goffman (1963) no mencione el lugar de residencia entre las “discapacidades” que pueden “descalificar al individuo” y quitarle “la plena aceptación por los demás”. Sin embargo, la infamia territorial presenta propiedades análogas a las de los estigmas corporales, morales y tribales y plantea dilemas de gestión de la información, de identidad y de relaciones sociales muy similares, aun cuando presenta propiedades distintivas. De los tres grandes tipos de estigmas catalogados por Goffman (1963: 4-5) —las “deformidades del cuerpo”, los “defectos de caracteres” y las marcas “de raza, de nación y de religión”— el tercero es al que se parece el estigma territorial, ya que “puede ser transmitido por vía del linaje y contagiarse por igual a todos los miembros de la familia.” Pero, a diferencia de estas otras marcas de deshonra, puede ser disimulado y atenuado (hasta anulado) con bastante facilidad, por medio de la movilidad geográfica.

En cada metrópoli del primer mundo, uno o varios municipios, distritos o concentraciones de viviendas sociales son conocidos y reconocidos como infiernos urbanos donde la violencia, el vicio o el abandono conforman la normalidad. Algunas adquieren incluso el estatus de encarnación nacional de todos los males y peligros que, se cree, ahora padece la ciudad dualizada: [3] es el caso de Les Minguettes y de La Courneuve o del conjunto habitacional del Mirail, en Toulouse, en cuanto a Francia; South Central Los Ángeles, el Bronx y el gran conjunto de Cabrini Green en Chicago en cuanto a Estados Unidos; Duisburg-Marxloh y Berlin-Neukölln en Alemania; los distritos de Toxteth en Liverpool, Saint Paul en Bristol y Meadow Well en Newcastle, en Inglaterra, y los de Bijlmer y Westelijke Tuinsteden en Ámsterdam, en cuanto a los Países Bajos. Aun las sociedades que mejor resistieron el auge de la marginalidad avanzada, como los países escandinavos, se ven tocadas por este fenómeno de estigmatización territorial ligado a la aparición de zonas reservadas a los parias urbanos: “No importa adonde viaje [por las provincias suecas], en todas partes me preguntan lo mismo cuando las personas a quienes conozco se enteran de dónde vengo: ‘¿Usted vive en Tensta? Pero ¿cómo puede vivir allá? ¿Cómo hace para vivir en un gueto?’” (Pred, 2000: 123) [4]

Al final importa poco si estos lugares están arruinados o son peligrosos, si su población está o no compuesta esencialmente de pobres, de minorías o de extranjeros: la creencia prejuiciada de que así es basta para desencadenar consecuencias socialmente dañinas.

Esto es cierto al nivel de la estructura y de la textura de las relaciones sociales en lo cotidiano. Por ejemplo, vivir en un gran conjunto habitacional (sub)proletario de la periferia de París genera un “sordo sentimiento de culpabilidad y de pena, cuyo peso subyacente falsea el contacto humano” (Pétonnet, 1982: 148). Ahí, es común ver que la gente oculte su dirección, evite que su familia o sus amigos la visiten y se sienta obligada a disculparse por vivir en un lugar difamado que macula la imagen que tiene de sí misma. “No soy de la cité, yo no”, insiste una mujer joven de Vitry-sur-Seine, “vivo allí porque en este momento tengo problemas pero no soy de aquí, no tengo nada que ver con todos los de aquí”. Otra invita al etnólogo a no confundir la cité con un barrio “porque en un barrio encuentras a toda clase de gente [...] cuando aquí lo que hay es pura mierda” (Pétonnet, 1982: 149). De la misma manera se ha observado que los habitantes del gueto de Chicago niegan su pertenencia a la microsociedad del barrio y se empeñan en marcar sus distancias con un lugar y una población que, bien lo saben, están universalmente mancillados y de los cuales los medios y cierto discurso científico dan, sin cesar, una imagen envilecida.

La aguda sensación de indignidad social que envuelve a los barrios de relegación solo puede ser atenuada transfiriendo el estigma a un “otro”, satanizado y sin rostro: los vecinos de abajo, la familia de inmigrantes que vive en el edificio de al lado, los jóvenes del otro lado de la calle, de quienes se dice que “se drogan” o que son “hustlers” [5] callejeros o aun los residentes de la otra cuadra, de quienes se sospecha que cobran de manera ilegal pagos por desempleo o beneficencia. Dicha lógica de la descalificación lateral y del distanciamiento mutuo, que tiende a deshacer un poco más a los colectivos ya debilitados de las zonas urbanas desheredadas,

es difícil de frenar en la medida en que

El barrio estigmatizado degrada simbólicamente a los que lo rodean y quienes, a su vez, lo degradan simbólicamente ya que, desprovistos de todos los elementos necesarios para participar en los distintos juegos sociales, no comparten sino su común excomulgación. La reunión en un lugar de una población homogénea en cuanto a su desposeimiento tiene también como efecto redoblar el desposeimiento (Bourdieu, 1993: 261).

Los efectos de la estigmatización territorial también se hacen sentir a nivel de las políticas públicas. En un lugar públicamente etiquetado como “tierra sin ley” o “terreno de delincuentes”, fuera de la norma, [7] es fácil para las autoridades justificar medidas especiales, derogatorias en cuanto al derecho y a los usos, las cuales pueden tener el efecto –aunque no sea su intención– de desestabilizar y de marginar aún más a sus habitantes, y de someterlos a las imposiciones del mercado de trabajo desregulado, volverlos invisibles, o expulsarlos de un espacio codiciado. [8] Así es como, después de una serie de reportajes amarillistas de la televisión, São João de Deus, barrio “embravecido” del norte de Oporto, con fuerte y notoria presencia de gitanos y de inmigrantes de Cabo Verde, hoy es conocido en todo Portugal como la encarnación infernal del “barrio social degradado”. La alcaldía de Oporto se valió de su fama innoble como “hipermercado das drogas” para lanzar una operación de “renovación urbana”, la cual, merced a una serie de redadas policíacas de mano dura, apunta esencialmente a expulsar y a dispersar a los drogadictos, los ocupantes de edificios abandonados, los desempleados y otros desechos humanos, con el fin de reinsertar al barrio en el mercado inmobiliario de la ciudad, sin la más mínima preocupación por la suerte de los millares de habitantes así desplazados. [8]

### La enajenación espacial y la disolución del “lugar”

La otra faz del proceso de estigmatización territorial es la disolución del “lugar”, es decir la pérdida de una localidad humanizada, familiar en lo cultural y socialmente tamizada, con la que se identifican las poblaciones urbanas marginadas y donde se sienten “en casa” y en relativa seguridad. Las teorías del posfordismo sugieren que la reconfiguración actual del capitalismo implica no solo un vasto reacomodo de las empresas y de los flujos económicos, de los empleos y de las personas en el espacio sino también una revolución total de la organización y de la experiencia del espacio mismo (véase en especial a Harvey, 1989; Soja, 1989, y Shields, 1991). Estas teorías son congruentes con las transformaciones radicales del gueto negro estadounidense y de la banlieue obrera francesa después de la década de los setenta, ya que se han reducido de ser “lugares” comunitarios empapados de emociones compartidas y significados comunes, apoyados por prácticas e instituciones de reciprocidad, a ser simples “espacios” indiferentes de competencia y de lucha por la vida.

La distinción entre estas dos concepciones o estos dos modos de apropiación del entorno cercano se puede formular de la siguiente manera: los “lugares” son palestras estables, “llenas” y “fijas”; mientras que los “espacios” son “vacíos potenciales”, “amenazas posibles”, áreas que deben ser temidas, aseguradas o de las que hay que huir (Smith, 1987: 297). El cambio de una política del lugar a una política del espacio, añade el sociólogo Dennis Smith, se ve alentado por el debilitamiento de los lazos fundados en una comunidad territorial en el seno de la ciudad. Asimismo, se nutre de la tendencia de los individuos a refugiarse en la esfera privatizada del hogar y del reforzamiento del sentimiento de vulnerabilidad que surgen durante la búsqueda de seguridad y el debilitamiento generalizado de los colectivos sociales. [9] Cabe evitar aquí todo “romanticismo” en cuanto a la situación de los barrios proletarios y de los enclaves segregados de antaño. Nunca existió ninguna “edad de oro” cuando la vida en el gueto norteamericano o en la banlieue popular francesa fuera dulce y las relaciones sociales armónicas y satisfactorias. Mas no deja de ser cierto que la experiencia de la relegación urbana, en este nivel, ha evolucionado para cobrar hoy una forma notoriamente más dura y enajenante.

A modo de breve ilustración de ello tenemos que, hasta los años sesenta, el gueto negro estadounidense era todavía un “lugar”, un oikuméne colectivo, un paisaje urbano humanizado –a pesar de ser el producto de una opresión racial brutal e inflexible– con el cual los negros tenían un fuerte sentimiento de identificación positiva, como lo expresaba la retórica “soul” y sobre el cual deseaban establecer un control colectivo —éste era el objetivo prioritario del movimiento Black Power (Van DeBurg, 1992). El hipergueto de hoy es un “espacio” y este espacio desnudo ya no es un recurso compartido que los afroamericanos puedan movilizar o desplegar para protegerse de la dominación blanca y encontrar un apoyo colectivo para sus estrategias de movilidad. Al contrario: se volvió un vector de división intracomunitaria e instrumento para un encarcelamiento del subproletariado urbano negro, territorio temido y odiado del cual, como lo expresa abruptamente un informador del South Side de Chicago, “todos se quieren salir”. [10]

Lejos de conformar un escudo de protección contra la inseguridad y las presiones del mundo externo, el espacio del hipergueto se parece a un campo de batalla entrópico y riesgoso donde se escenifica una competencia de cuatro bandos: los predadores callejeros independientes u organizados (hustlers y pandillas),



quienes buscan saquear las pocas riquezas que aún circulan en él; los residentes locales y sus organizaciones de base (como Mothers Against Drugs [mad], en el West Side de Chicago, o las asociaciones de vecinos y de comerciantes, donde aún las hay), las cuales se esfuerzan por preservar los valores de uso y de cambio de su barrio; las agencias de vigilancia y de control social del estado, encargadas de contener la violencia y el desorden dentro del perímetro del núcleo metropolitano racializado, incluidos trabajadores sociales, policía, tribunales, agentes de posliberación, etc., y los predadores institucionales del exterior (en particular los promotores inmobiliarios), para quienes la transformación de las franjas del Cinturón Negro para su uso por parte de las clases media y alta que vuelven a ocupar la ciudad puede generar ganancias fenomenales.[ 11 ]

### La pérdida de un "terreno de apoyo"

A la erosión del lugar se suma la desaparición de un terreno de apoyo viable. En las fases anteriores de crisis y de reestructuración del capitalismo moderno, los trabajadores temporalmente descartados por el mercado de trabajo podían replegarse en la economía social de su comunidad de origen, trátase de un distrito obrero funcional, del gueto comunitario o de un pueblo del campo o del país de donde se emigró (Young and Wilmott, 1957; Kornblum, 1974; Piore, 1979; Sayad, 1991).[ 12 ]

Cuando los despedían de las fábricas, de las fundiciones o de los talleres de Chicago donde trabajaban a raíz de una caída cíclica de la economía industrial, los residentes de Bronzeville a mediados del siglo xx podían contar con el apoyo de los parientes, los amigos y la iglesia. La mayoría de los habitantes en su barrio seguían cobrando sueldos y una densa y solidaria red de organizaciones de vecinos ayudaba a amortiguar el golpe de las dificultades económicas. Lo que es más: los "negocios turbios" de las economías criminales y callejeras, cuyas ramificaciones atravesaban toda la estructura de las clases negras, les proveían con valiosos empleos provisionales (Drake y Cayton [1945], 1993: 524-525). En contraste, la mayoría de los habitantes del South Side en 1990 no tenía empleo; el corazón del Cinturón Negro prácticamente se ha vaciado de sus medios de sustentación colectiva, y los puentes hacia el empleo asalariado de afuera fueron drásticamente cortados por la desproletarización de amplias franjas de la población: a los hermanos y hermanas, tíos y amigos, les cuesta mucho ayudar a conseguir un trabajo si ellos mismos se encuentran desempleados desde hace mucho tiempo (Sullivan, 1989; Wilson, 1996).

Hoy en día los individuos excluidos del trabajo remunerado de forma duradera en los barrios relegados ya no gozan con prontitud de un apoyo colectivo informal mientras encuentran otro trabajo, el cual, además, puede nunca llegar o llegar sólo en forma de un subempleo inseguro e intermitente. Para sobrevivir deben recurrir a estrategias individuales de "autoabasto", de trabajo a trasmano, de trabajo clandestino, de comercio subterráneo, de actividades criminales y de formas de "espabilarse" casi institucionalizadas (Gershuny, 1983; Pahl, 1987; Wacquant, 1992; Engbersen, 1996), las cuales no contribuyen mucho a aliviar su precariedad ya que "las consecuencias distributivas del esquema de trabajo informal en las sociedades industriales tienden a reforzar y no a reducir los patrones contemporáneos de desigualdad" (Pahl, 1989: 249). En muchas ciudades las características de la economía informal han cambiado radicalmente. Se ve cada día más autónoma y separada del sector oficial del empleo asalariado cuando no la dominan actividades criminales (Barthélémy, 1990; Leonard, 1998). De allí que sus circuitos paralelos ofrezcan cada vez menos puntos de entrada en el mercado del trabajo "legal", de modo que es frecuente que los jóvenes que entran en la economía subterránea se vean marginados de forma duradera (Bourgeois, 1995). Si los barrios pobres de los inicios de la era fordista eran "barrios bajos de la esperanza", sus descendientes en la era del capitalismo desregulado se parecen más a los "asentamientos irregulares de la desesperanza" de la periferia urbana sudamericana, para tomar prestada la expresión de Susan Eckstein (1990).

### Fragmentación social e implosión simbólica, o el génesis inacabado del "preariado"

La marginalidad avanzada también se distingue de las formas anteriores de pobreza urbana en que se desarrolla en un contexto de descomposición de clase (Azémar, 1992; Dudley, 1994) más que de consolidación de clase, bajo la presión de una doble tendencia a la precariedad y a la desproletarización en vez de la unificación y de la homogeneización proletarias (Kronauer et al., 1993; Wilson, 1996). Quienes sufren su tropismo y se ven envueltos en sus remolinos se encuentran por ende desconectados de los instrumentos tradicionales de movilización y de representación de los grupos constituidos y, en consecuencia, desprovistos de un lenguaje, de un repertorio de imágenes y de signos compartidos a través de los cuales se pueda concebir un destino colectivo y proyectar posibles futuros alternativos (Stedman Jones, 1983).

Los obreros industriales de edad avanzada y los oficinistas de bajo nivel reducidos a obreros en una línea fabril de cuello blanco o vueltos prescindibles por la innovación tecnológica y por la redistribución



espacial de las actividades productivas; los trabajadores precarios y temporales en los sectores desregulados de servicios; los aprendices, pasantes y titulares de contratos a plazo fijo; los desempleados que llegan al final de las pensiones de paro y los beneficiarios de los programas sociales de ingresos mínimos; los beneficiarios de larga duración de la ayuda social y los sintechos crónicos; los mendigos, delincuentes y hustlers que viven de la economía de botín en la calle; los desechos humanos de los servicios sociales y médicos y los clientes frecuentes del sistema de justicia penal; la progenie desencantada de las fracciones en declive de la clase obrera autóctona que enfrenta la inesperada competencia de los hijos de las comunidades étnicamente estigmatizadas y de los nuevos flujos de inmigrantes hacia los mercados de empleo y de títulos escolares: ¿cómo forjar el sentimiento de una condición y unos objetivos compartidos cuando la emergencia económica y la necesidad social se relacionan con configuraciones tan diversas? ¿Cómo unificar categorías que, si bien comparten —a ratos o de forma duradera— posiciones cercanas en un corte sincrónico de la estructura del espacio social y urbano, en realidad siguen trayectorias divergentes o encarnan disposiciones y orientaciones diferentes acerca del futuro? ¿Y cómo, más allá de estas solidaridades vecinas, establecer lazos tangibles y eficientes con la gama de asalariados desestabilizados por la desocialización del trabajo en todos los estratos de la jerarquía socioprofesional (Perrin, 2004)?

La proliferación misma de las etiquetas que, se supone, designan a las poblaciones, dispersas y contrastadas, atezadas por la marginalización social y espacial, como “nuevos pobres”, “zonards”, “excluidos”, “underclass”, “jóvenes de las banlieues”, y la trinidad de los “sin” (sin trabajo, sin techo, sin papeles), habla mucho del estado de desacomodo simbólico en que se encuentran los márgenes y las fisuras de la estructura social y urbana reconfigurada. La ausencia de un lenguaje común alrededor del cual y por el cual se podrían unificar acentúa la fragmentación objetiva de los pobres urbanos de hoy. El instrumento organizativo tradicional de expresión y de reivindicación del proletariado urbano, o sea los sindicatos de trabajadores manuales y sus ramificaciones en el sector público, se revela singularmente inadecuado para lidiar con problemas que surgen de la esfera convencional del salariado regulado y la rebasan, y sus tácticas defensivas con frecuencia sólo agravan los dilemas que enfrenta y las cesuras múltiples que los separan de los nuevos (sub)proletarios marginales.<sup>[13]</sup> Las organizaciones nacientes de desamparados de todo tipo, tales como los sindicatos de desempleados, los grupos de ayuda a los sintecho y a los indocumentados, y las asociaciones de base que batallan en los múltiples frentes de la “exclusión”, cuando existen, son demasiado frágiles y aún les falta ganarse el reconocimiento oficial en el escenario político para poder esperar ejercer algo más que una presión puntual e intermitente (Siméant, 1998; Demazière et Pignoni, 1999).

En cuanto a los partidos de izquierda, a quienes les toca el papel tradicional de representar las categorías desprovistas de capital económico y cultural en el escenario político, están demasiado ocupados por sus luchas intestinas y encerrados en sus lógicas de aparato o en sus golpes mediáticos —cuando no se han reorientado abiertamente hacia las clases medias educadas, como es el caso del Partido Socialista francés— para, por una parte, entender la naturaleza y la amplitud de las transformaciones que moldean los barrios relegados y por otra parte considerar y aplicar las políticas públicas necesarias para contrarrestar el espiral de la marginalización avanzada.<sup>[14]</sup>

La dificultad misma para nombrar los fragmentos, escorias y astillas de la sociedad de mercado dualizada que se amontonan en las zonas desheredadas de la metrópoli, atestiguan el hecho que el precariado —si así se puede nombrar a los márgenes precarios del nuevo proletariado— no ha logrado aún acceder al estatus de “clase objeto” (Bourdieu, 1977: 4), “obligada a formar su subjetividad a partir de su cosificación” por otros. Permanece en el estado de simple conglomerado compuesto, *collectio personarium plurium* hecho de individuos y de categorías heterogéneas entre ellas y definidas negativamente por la privación social, la necesidad material y el déficit simbólico. Sólo un inmenso trabajo propiamente político de agregación y de representación (en el triple sentido cognitivo, iconográfico y dramático) puede hacer que este conglomerado tenga acceso a la existencia y por ende a la acción colectiva. Pero esta labor tropieza con una contradicción ineludible e insoluble, ya que surge de las tendencias divisorias que la constituyen: el precariado es una suerte de grupo inviable, cuya gestación es necesariamente inacabada, ya que sólo se puede trabajar para consolidarlo a fin de ayudar a sus miembros a escapar de él, ya sea al encontrar una estabilidad en el trabajo asalariado o a escaparse del mundo del trabajo (por la vía de la redistribución y de la protección sociales). Lo contrario del proletariado en la visión marxista de la historia, llamado a abolirse en el largo plazo al unificarse y al universalizarse, el precariado no puede hacerse sin deshacerse inmediatamente.<sup>[15]</sup>

## Bibliografía

- Abu-Lughod, Janet L. et al. (1994). *From Urban Village to East Village: The Battle for New York's Lower East Side*. New York and Cambridge: Basil Blackwell.
- Azémar, Guy-Patrick. (dir.) (1992). *Ouvriers, ouvrières. Un Continent morcelé et silencieux*. Paris: Éditions Autrement.
- Auyero, Javier (1999). "This is Like the Bronx, Isn't It? Lived Experiences of Slum-dwellers in Argentina". *International Journal of Urban and Regional Research* 23-1 (mars).
- Barthélémy, Philippe et al. (1990). *Underground Economy and Irregular Forms of Employment (travail au noir): Final Synthesis Report*. Bruselas: Comunidad Económica Europea, roneotipado.
- Bourdieu, Pierre (1977). "Une classe objet". *Actes de la recherche en sciences sociales* 17-18 (mai).
- Bourdieu, Pierre (1993). "Effets de lieux". en Pierre Bourdieu et al, *La Misère du monde*. Paris: Points / Seuil.
- Bourgois, Philippe (1995). *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*. New York: Cambridge University Press. [Trad. fr. En quête de respect. Le commerce du crack à New York, Paris, Seuil, (2001)].
- Crump, J.R (2003). "The End of Public Housing as We Know It: Public Housing Policy, Labor Regulation and the US City". *International Journal of Urban and Regional Research* 27-1 (mars)
- Demazière, Didier et Maria-Teresa Pignoni (1999). *Chômeurs, du silence à la révolte. Sociologie d'une action collective*. Paris : Hachette.
- Drake, St. Clair et Horace R. Cayton (1945, 1962, 1993). *Black Metropolis: A Study of Negro Life in a Northern City*. Chicago: University of Chicago Press.
- Dudley, Kathryn Marie (1994). *The End of the Line: Lost Jobs, New Lives in Postindustrial America*. Chicago : University of Chicago Press.
- Eckstein, Susan (1990). "Urbanization Revisited: Inner-City Slums of Hope and Squatter Settlements." *World Development* 18-2 (février).
- Engbersen, Godfried (1996). "The Unknown City". *Berkeley Journal of Sociology* 40
- Fernandes, Luis (1998). *O sítio das drogas. Etnografia das drogas numa periferia urbana*. Lisboa: Editorial Notícias.
- Gershuny, Jonathan I. (1983). *Social Innovation and the Division of Labor*. Oxford: Oxford University Press.
- Goffman, Erving (1958, 1963). *The Presentation of Self in Everyday Life*. Harmondsworth: Penguin Books. (Trad. fr. La Mise en scène de la vie quotidienne, vol. 1: La Présentation de soi dans la vie quotidienne. Paris, Minuit, 1973).
- Harvey, David (1989). *The Condition of Postmodernity: An Inquiry into the Origins of Cultural Change*. Oxford: Basil Blackwell.
- Henni, Amar et Gilles Mariné (2002). *Cités hors-la-loi. Un autre monde, une jeunesse qui impose ses lois*. Paris: Ramsay.
- Jones, LeAlan et Lloyd Newman (1997). *Our America: Life and Death on the South Side of Chicago*. New York: Washington Square Press.
- Kornblum, William (1974). *Blue-Collar Community*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Kotlowitz, Alex (1991). *There Are No Children Here: The Story of Two Boys Growing Up in the Other America*. New York: Doubleday.
- Kronauer, Martin, Berthold Vogel, et Frank Gerlach (1993). *Im Schatten der Arbeitsgesellschaft. Arbeitslose und die Dynamik sozialer Ausgrenzung*. Berlin: Campus Verlag.
- Leonard, Madeleine (1998). *Invisible Work, Invisible Workers : The Informal Economy in Europe and the US*. Basingstoke : Palgrave Macmillan.
- Masclat, Olivier (2003) *La Gauche et les cités. Enquête sur un rendez-vous manqué*. Paris: La Dispute.
- Mele, Christopher (1999). *Selling the Lower East Side: Culture, Real Estate, and Resistance in New York City*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Pahl, Raymond E (1987). "Does Jobless Mean Workless? Unemployment and Informal Work." *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 493 (septembre), 36-46.
- Pattillo-McCoy, Mary (1999). *Black Picket Fences: Privilege and Peril Among the Black Middle Class*. Chicago: University of Chicago Press.
- Perrin, Évelyne (2004). *Chômeurs et précaires au coeur de la question sociale*. Paris: La Dispute.
- Pétonnet, Colette (1982). *Espace habités. Ethnologie des banlieues*. Paris: Galilée.
- Piore, Michael J. (1979). *Birds of Passage: Migrant Labor and Industrial Societies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Pred, Allan Richard (2000). *Even in Sweden: Racisms, Racialized Spaces, and the Popular Geographical Imagination*. Berkeley : University of California Press.
- Ricketts, Erol R. and Isabell V. Sawhill (1988), "Defining and Measuring the Underclass." *Journal of Policy Analysis and Management* 7 (hiver): 316-325.
- Sayad, Abdelmalek (1991), *L'immigration ou les paradoxes de l'altérité*. Bruxelles: De Boeck université.
- Schwartz, Olivier (1990). *Le Monde privé des ouvriers. Hommes et femmes du Nord*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Shields, Rob (1991). *Places on the Margin : Alternative Geographies of Modernity*. Londres: Routledge.
- Siméant, Johanna (1998), *La Cause des sans-papiers*. Paris : Presses de Sciences Po.
- Smith, Dennis (1987), "Knowing your Place: Class, Politics, and Ethnicity in Chicago and Birmingham, 1890-1983." en Nigel Thrift and Peter Williams (dir.), *Class and Space: The Making of Urban Society*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Soja, Edward W (1989). *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. London: Verso.
- Stedman Jones, Gareth (1983), *Languages of Class: Studies in English Working Class History 1832-1982*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sullivan, Mercer L (1989), "Getting Paid": *Youth Crime and Work in the Inner City*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Uitermark, Justus (2003), "Social Mixing" and the Management of Disadvantaged Neighbourhoods: *The Dutch Policy of Urban Restructuring Revisited*. "Urban Studies" 40-3 (mars): 531-549.



Van Deburg, William L (1965-1975), *New Day in Babylon: The Black Power Movement and American Culture*, Chicago: University of Chicago Press.

Venkatesh, Suhrir (2000), *American Project. The Rise and Fall of a Modern Ghetto*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Wacquant, Loic (1992), "The Zone": Le métier de 'hustler' dans le ghetto noir américain." *Actes de la recherche en sciences sociales* 93 (juin): 39-58. (Repris en Pierre Bourdieu et al. (1993), *La Misère du monde*, Paris, Points/Seuil).

Wilson, William Julius (1996), *When Work Disappears: The World of the New Urban Poor*. New York: Knopf.

Young, Michael et Peter Willmott (1954, 1986), *Family and Kinship in East London*. Berkeley: University of California.

## Notas

[1] Este artículo es una adaptación del capítulo 8 de Loïc Wacquant, *Urban Outcasts: A Comparative Sociology of Advanced Marginality* (Cambridge, Polity Press, 2007), al cual se remite al lector para un análisis a profundidad de la estructura y de la transformación de los barrios de relegación en América y en Francia al final del siglo XX y una caracterización ideal-típica más completa del nuevo régimen de la marginalidad urbana.

[2] Los científicos sociales han hecho contribuciones significativas a la carga de difamación urbana al fabricar nociones seudoacadémicas que disfrazan los prejuicios ordinarios de clase y de raza en un lenguaje de tonalidad analítica. Es el caso, por ejemplo, de la estulta categoría de "underclass area" propuesta en Estados Unidos por Eroll Ricketts e Isabel Sawhill (1988) para caracterizar (de manera perfectamente circular) los barrios donde habita la underclass, definida por un conjunto cuantificado de "patologías sociales" medidas en términos de espacio.

[3] Algunos "caldos de cultivo" de perdición urbana, como el Bronx, alcanzan un estatus semejante a nivel internacional, como lo señala Auyero (1999) en su estudio sobre un barrio del gran Buenos Aires.

[4] Tensta es un barrio de los suburbios norteros de Estocolmo con una fuerte concentración de inmigrantes y de desempleados. En la Suecia de principios del siglo, los "barrios problemáticos" (problemområde) como Rinkeby en Estocolmo y Rosengård en Malmö son común y abiertamente designados con el casi sinónimo de "barrios de alta densidad de inmigrantes" (invandrartätområde). Una pareja de términos muy semejantes se usa para designar las zonas urbanas de relegación en Holanda: "achterstandswijken" y "concentratiebuurten" (Uitermark, 2003).

[5] El hustler, como personaje callejero, es un buscón o una buscona que sobrevive por medios ilegales, en especial mediante el pequeño fraude, el robo o la prostitución (E).

[6] Podríamos citar aquí un sinnúmero de obras sobre las banlieues que inundaron las librerías francesas en los últimos años, en las cuales el racismo de clase compite con el fantasma del peligro extranjero. Citaremos a una sola de ellas cuyo título resume la visión: *Ciudades fuera de la ley. Otro mundo, una juventud que impone su Ley*. (Henni y Mariné, 2002); Mariné es uno de los periodistas de France 2 que dieron origen al mito mediático de la explosión de las "tournantes" (violaciones colectivas) en las banlieues pobres. Bajo la apariencia del análisis y de la alarma cívica estos libros participan del discurso de la difamación de los barrios de exilio y de la deportación simbólica de sus habitantes.

[7] Habría que estudiar desde esa óptica cómo la leyenda demoníaca de la "underclass" (paradójicamente promovida también por investigadores progresistas) contribuyó a legitimar, por un lado, la "reforma" de la ayuda social y la instauración del welfare en Estados Unidos en 1996 y, por otro, la política de destrucción masiva de los grandes conjuntos del gueto bajo el pretexto de los beneficios supuestos de la dispersión espacial para los pobres oficializados por la Quality Housing and Work Responsibility Act de 1998 (Crump, 2003).

[8] Agradezco a Luis Fernandes (de la Universidad de Oporto) por estas informaciones y remito a su análisis de la estigmatización espacial relacionada con los "territorios psicotrónicos" de la ciudad portuguesa (Fernandes, 1998: 68-79, 151-154 y 169-174).

[9] Para un análisis minucioso del "privatismo defensivo y retractado" tradicional de la clase obrera y su acentuación contra el telón de fondo de la descomposición del grupo en una ciudad minera del norte de Francia, véase Schwartz (1985). Para una descripción de la involución de las formas de sociabilidad y de solidaridad en el seno de los guetos del West Side y del South Side Chicago bajo la presión de la miseria y de la violencia extremas, véase Kotlowitz (1987) y Jones y Newman (1997).

[10] Los esfuerzos (parcialmente infructuosos) de la clase media negra del South Side de Chicago por distanciarse espacial y socialmente del núcleo derrumbado del gueto y de las amenazas que encierra son estudiados con sutileza por Pattillo-McCoy (1999).

[11] Véase Venkatesh (2000) para un relato contextualizado de las luchas de los años noventa entre los inquilinos del Robert Taylor Homes, la administración de la vivienda social de Chicago, los gangs, y diversas autoridades administrativas de la ciudad; véase Abu-Lughod et al. (1994) y Mele (1999) sobre las batallas alrededor del encumbramiento (gentrification) de los barrios populares reocupados por la pequeña burguesía en Nueva York.

[12] Se puede volver a leer, sobre este tema, el análisis clásico de Larissa Lomnitz (1977) sobre "el sistema de seguridad social de sustitución" compuesto por los amigos y vecinos en los barrios de la ciudad de México y la monografía de Carol Stack (1974) sobre las redes de ayuda femenina en un gueto negro del medio oeste estadounidense.

[13] Por ejemplo cuando los sindicatos renuncian a los derechos colectivos conquistados al cabo de luchas férreas para evitar las relocalizaciones y los despidos masivos, o cuando aceptan la instauración de una escala de remuneración y de protección social de varias velocidades como medio de limitar la disminución de sus efectivos (como es el caso en Estados Unidos en numerosos sectores, como el automotriz, la telefonía y el transporte aéreo).

[14] Olivier Masclat (2003) ha mostrado, con base en una investigación profunda en un municipio comunista de la periferia cercana parisina, cómo la marginación social y espacial es acompañada por la marginación de los "activistas de la cité" en el campo político local.

[15] Para conseguir un conjunto de texto, documentos y llamados a la movilización del "preariado" (término lanzado por Droits Devants, cf. "Globalisation du précaire, mondialisation des résistances"; *ÉcoRev*, mai 2005), ver el sitio multilingüe: <http://republicart.net/disc/precaire/index.htm>. Para tener un análisis del ascenso de la inestabilidad laboral y de las nuevas formas de movilización que produce en los márgenes del salariado regulado, ver Perrin (2004).